

Era la hora tardía y la noche clara. Me había detenido no lejos del Sheep's Bridge, meditando sobre la quietud que tan sólo rompía el murmullo de la presa, cuando sonó encima de mí un aullido trémulo y prolongado que me produjo un sobresalto. Siempre resulta molesto recibir un susto, pero yo siento una gran simpatía por los búhos. Y éste, evidentemente, estaba muy cerca; miré a mi alrededor. Allí estaba, gordo como una pelota, posado sobre una rama, a unos doce pies de altura. Le apunté con mi bastón y le dije:

—Conque has sido tú.

—Baje eso —dijo el búho—. Ya sé que no es más que un bastón, pero no me gusta. Sí, por supuesto, he sido yo. ¿Quién iba a ser, si no?

Figuraos mis exclamaciones de asombro.

Bajé el bastón.

—Bueno —dijo el búho—, ¿qué pasa? Si se le ocurre a usted venir aquí en una noche veraniega como ésta, ¿qué espera?

—Pues perdona —dije—, debí haberlo tenido en cuenta. Y permíteme decirte que considero una suerte haberme encontrado contigo esta noche. ¿Te importaría que charláramos un poco?

—Bueno —dijo el búho con desdén—; no tengo nada especial que hacer esta noche. Ya he cenado, y si no prolonga usted demasiado la conversación..., ¡aahhh!

De pronto soltó un sonoro chillido, batió furiosamente las alas, se inclinó hacia delante, y se agarró con fuerza en la rama donde estaba encaramado sin parar de chillar. Evidentemente, algo tiraba brutalmente de él desde atrás. Pero la fuerza que le atenazaba le soltó de improviso, y estuvo a punto de caerse; luego empezó a aletear, agitando el follaje a su alrededor, y asestó un torpe picotazo a algo que yo no alcanzaba a ver.

—¡Oh!, cuánto lo siento —dijo una leve vocecita en tono solícito—. Estaba convencido de que la tenía suelta. Espero no haberle hecho daño.

—¿Que no me has hecho daño? —dijo el búho con acritud—. ¡Pues claro que me lo has hecho! De sobra sabías, jovencito desaprensivo, que no tenía suelta ésa pluma.

—No me extraña que me hayas hecho perder el equilibrio. ¿Es que no puedes dejar en paz a una persona dos minutos seguidos sin venirme a ella solapadamente? ¡Bueno, de ésta no pasa! Voy a ir a la comisaría y les voy a decir —se dio cuenta de que estaba hablando al vacío— ¿Cómo, dónde te has metido ahora? ¡Ah, lástima!

—¡Válgame Dios! —dijo—. Parece que no es la primera vez que se meten contigo de ese modo. ¿Puedo preguntarte qué ha pasado exactamente?

—Claro que puede —dijo el búho, escrutando aún mientras hablaba—, pero tendría que estarle contando hasta finales de la semana que viene: ¡Figúrese, venir a arrancarle a uno las plumas de la cola! Me ha hecho ver las estrellas. ¿Y por qué, quisiera saber? ¡Contésteme! ¿Por qué razón?

Todo lo que se me ocurrió fue murmurar:

—«El búho alborotador aúlla nocturno y se asombra de nuestros espíritus curiosos» —no creí que captara el sentido, pero me contestó con aspereza:

—¡Cómo! Claro, no necesita repetirlo. Ya lo he oído. Y le diré qué es lo que hay en el fondo, y tenga usted en cuenta mis palabras —se inclinó hacia mí y me susurró, haciendo muchos movimientos afirmativos con su cabeza redonda—: ¡Orgullo! ¡Reserva obstinada! ¡Eso es lo que hay! No te acerques a nuestra hermosa reina (esto lo dijo en tono de amargo desprecio). ¡Ah, no, amigo mío!, nosotros no somos lo bastante buenos para el gusto de ellos. Nosotros, que durante tanto tiempo hemos sido los mejores cantores del campo, ¿es cierto o no?

—Bueno —dije yo dubitativamente—, a mí particularmente me encanta escucharte; pero ya sabes, mucha gente prefiere a los tordos y a los ruiseñores y demás; lo has debido de oír por ahí, ¿no? Además, quizá (por supuesto, yo no lo sé), pero como decía, quizá tu estilo de cantar no sea exactamente el más adecuado para acompañar sus danzas, ¿no?

—Confío en que así sea —dijo el búho irguiéndose—. Nuestra familia nunca ha sido muy dada al baile, ni creo que lo llegue a ser jamás, ¡pues qué se ha creído! —prosiguió con creciente mal humor—. Bonita cosa, ponerme yo a canturrear para ellos —calló y miró precavidamente en torno suyo; luego, elevando la voz, prosiguió—: para esas señoritingas y esos señoritingos. Si a ellos no les resulta agradable, le aseguro que a mí tampoco. Y —añadió, de mal humor otra vez— si esperan que yo me quede sin chistar sólo porque bailan y hacen tonterías, se equivocan completamente, y así se lo he dicho.

A juzgar por lo que había pasado antes, me temía que fuera ésta una determinación imprudente, y tenía razón. No había acabado de hacer su último movimiento enfático

de cabeza, cuando le cayeron de las ramas de arriba cuatro formas delgadas y menudas, y en un abrir y cerrar de ojos, una especie de sogá aprisionó el cuerpo del desdichado pájaro, y fue llevado en dirección al estanque entre ruidosas protestas por su parte. Mientras corría, oí los chapoteos, gorgoteos y chillidos de risas despiadadas.

Algo me pasó por encima de la cabeza, y al detenerme a escrutar, junto al borde del estanque, vi que llegaba a la orilla, trabajoso y fuera de sí, un búho desgredado, el cual, después de detenerse a mis pies, se sacudió y batió las alas y resolló durante varios minutos sin decir nada que yo pueda repetir aquí.

Se me quedó mirando a continuación, y dijo con voz tan cargada de rabia reprimida que me apresuré a retroceder uno o dos pasos:

—¿Ha oído eso? Dicen que lo sienten muchísimo, pero que me habían confundido con un pato. ¡Ah, si no es para hacerle perder a uno la cabeza, y coger y despedazarlo todo en varias millas a la redonda!

Y era tal su apasionamiento en lo que decía que empezó arrancando de un descomunal picotazo un puñado de hierba que, ¡ay!, se le metió en el gaznate, formándole un tapón capaz de reventar una vasija. Pero, tras dominar su paroxismo, se incorporó parpadeando sin aliento, aunque indemne.

Me pareció que debía manifestarle lo mucho que lo lamentaba; sin embargo, no me decidí a ello, pues en su actual estado de ánimo el pájaro es capaz de tomar mis palabras mejor intencionadas por un nuevo insulto. Así que nos estuvimos mirando el uno al otro en silencio durante un espantoso minuto, hasta que surgió algo que nos distrajo. Primero fue la vocecita del reloj del pabellón, luego la voz más profunda de la torre de Lupton, que ahogó la de la torre de Curfew por su proximidad.

—¿Qué es eso? —preguntó el búho de repente con acritud.

—Son las doce de la noche, me parece —dije yo, y consulté mi reloj.

—¿Las doce? —exclamó el búho evidentemente sobresaltado—; ¡y yo aquí, empapado y sin poder volar una yarda! Venga, cójame y póngame en aquel árbol; no, yo treparé por su pierna, será más fácil. ¡Vamos, de prisa!

Obedecí.

—¿En qué árbol?

—¡Hombre, en mi árbol, naturalmente! ¡En aquél! —movió la cabeza en dirección a la tapia.

—De acuerdo, ¿se refiere a ese gris? —dije, echando a correr en aquella dirección.

—¿Y yo qué sé cómo demonios le llaman ustedes? Ese que tiene como una puerta. ¡Corra más! ¡Dentro de un minuto estarán aquí!

—¿Quiénes? ¿Qué ocurre? —pregunté mientras corría, con la mojada criatura entre las manos, y temiendo tropezar a cada momento y caer cuan largo era en la hierba.

—Ya lo verá —dijo el pajarraco egoísta—. Usted sólo tiene que dejarme en el árbol. Eso es lo único que me interesa.

Supongo que así debía ser, porque trepó arañando a toda prisa por el tronco, con las alas extendidas, y desapareció por un agujero sin una palabra de agradecimiento. Miré en torno mío con inquietud. La torre de Curfew aún tocaba la tonada de San David por su tercero y último repiqueteo; pero las demás campanas habían terminado ya de pregonar lo que tenían que decir, y ahora reinaba el silencio, y nuevamente era el «murmullo armonioso de la presa» lo que lo turbaba; no, lo que lo subrayaba.

¿Por qué había tenido tanta prisa el búho por meterse en su escondrijo? Naturalmente, eso era lo que me preocupaba ahora. Fuera quien fuese quien iba a venir, estaba seguro de que no me daba tiempo ya a cruzar el campo despejado; sería mejor disimular mi presencia ocultándome en el lado oscuro del árbol. Así que eso es lo que hice.

Todo esto sucedió hace algunos años, antes de los días más calurosos del verano. A veces, cuando la noche es serena, salgo al parque, pero me recojo antes de que den las doce. La verdad es que no me gusta la multitud que pulula cuando se hace de noche, como en los fuegos artificiales del cuatro de junio, por ejemplo. Empiezas a ver caras extrañas —bueno, vosotros no; yo—, y los individuos a los que pertenecen esas caras dan vueltas extrañamente a tu alrededor y te rozan el codo cuando menos te lo esperas y se te echan encima para mirarte a los ojos como si anduvieran buscando a alguien, y ya puede dar gracias a ese alguien de que no den con él.

¿De dónde salen?

Bueno, unos del agua y otros de la tierra. Al menos, eso es lo que parece. Pero es mejor hacer como que no los veo, y no tocarlos.

Sí; efectivamente, me gustan más los que pueblan el parque de día que los que acuden a él cuando anochece.